

José María Valverde, premio nacional tres años antes con *La espera* (libro editado por el Instituto de Cultura Hispánica), conectaría por afinidades y parentesco con los poetas del 36. En su «poética y metafísica» para andar por casa, como dice, recuerda: «Quería decir algo muy elemental y genérico; algo sobre el oficio del poeta. Por ejemplo, que la poesía debe echar luz por encima de las cosas, pero no explicarlas, no resolverlas. Que la poesía debe dar voz a los anhelos perennes del corazón del hombre, pero que no es quien para aclarar sus vías de solución, que es todo y es nada, que nos pone delante al ser sin hacérselo poseer en lo más mínimo.»

LA REFLEXIÓN SOBRE POESÍA EN LOS CONGRESOS DE ESCRITORES

La publicación de la *Antología consultada* tuvo lugar un mes después que se celebrara el Primer Congreso de Poesía, en Segovia, del 17 al 24 de junio de 1952, convocado por las firmas de Aleixandre, Alonso y Riba en cabeza. Su tema central, escribió Leopoldo de Luis⁵, fue *La vigencia social del poeta*, «cómo vive el hombre y su obra en medio del mundo que le rodea, cómo se desenvuelve, con qué medios cuenta su obra y cómo esta obra influye en la sociedad que la recibe». Allí, en el aula románica de San Quirce—donde Machado creara su «universidad popular»—, se celebraron las sesiones, presididas por Aleixandre y Riba. Pero a pesar de su propuesta, se trabajaron mucho más aspectos relacionados con las literaturas nacionales, en concreto, la catalana, y se presentaron recopilaciones interesantes, como el catálogo de revistas de medio siglo (realizado por Cano, De Luis y Santos Torroella), que se discutiera en torno a la teoría. Esto ocurre en el Tercer Congreso de Poesía (Santiago de Compostela, 21-27 de julio de 1954), que nace bajo el signo de la poesía «social». Aunque iniciaron el coloquio Antonio Vilanova y Joan Fuster, polarizando las visiones en torno a la cuestión, todo se centró en las tomas de posición de Gabriel Celaya frente a frente con Rafael Romero Moliner. El primero afirmó que el poeta social pretendía transformar la conciencia, como una forma de mejorar o transformar el mundo. El segundo, viejo militante garcilasista, manifestaba que la transformación debía quedar para los sociólogos, políticos, científicos y técnicos. Para Celaya, la poesía tenía que ser total e integradora: «Yo no hago periódicos. Pero creo que el hombre poeta tiene que cantar con todo lo que es, con todo lo que tiene: carne, sangre, pasión y hasta convicciones políticas».

⁵ L. DE LUIS: «El primer Congreso de poesía», *Índice*, 53, 1952, y sobre este Congreso en *Poesía Española*, noviembre 1952; *Insula*, 78 y 81, y *Cuadernos Hispanoamericanos*, 132, 1952.

Romero Moliner, sin embargo, aseguraba que la poesía se dirigía a aquellas zonas individuales del hombre cantando desde sus peculiaridades, desde lo que tiene de distinto y personal.

Este fue el núcleo que absorbió casi por completo las sesiones de Santiago, aunque M. Pilares identificara la poesía con la caridad, y Garciasol discutiera con Ricardo Permanyer en torno a la poesía social-subjetivista. Intervinieron Martín Abril, M. Serrahima, Filgueira Valverde, Lope Mateo y Carlos París, y cerró el coloquio Gerardo Diego sintetizando magistralmente ambas conclusiones.

Aquella fórmula de Gabriel Celaya «tal es mi poesía: poesía-herramienta / a la vez que latido de lo unánime y ciego; / tal es, arma cargada de futuro expansivo»⁶, irrumpía detonante.

Este Congreso gallego había tenido como presidente de honor a Ramón Menéndez Pidal, autor de la conferencia de apertura: «El tema de las peregrinaciones en la poesía medieval». Tras su clausura—a lo largo de todo el Congreso había asistido una representativa participación de los poetas de la región—, en la que intervinieron el padre G. de Lama, contrapunto años atrás de Crémer y Nora en la *Espadaña* leonesa, y Ricardo Molina, quedaron patentes los síntomas de la esterilidad de estas manifestaciones turístico-literarias (con mucho de «congreso» tradicional), que acabaron con estas sesiones y con el ánimo de los poetas⁷. Como dato curioso quiero recordar aquí, apartado de congresos poéticos, el fallido *Congreso de Escritores* de 1956, que se pronuncia en sus boletines preparatorios del mismo por el realismo poético y la presencia en su comisión organizadora de jóvenes poetas ligados al movimiento estudiantil de entonces: Claudio Rodríguez, Julián Marcos, Jesús López Pacheco y Fernando Sánchez-Dragó.

SOCIALES Y SIMBOLISTAS

Bajo el término genérico de «social» distingue Eugenio de Nora dos derivaciones que conllevan actitudes distintas: por un lado, una aproximación sentimental al tema del poema, tendente a provocar es-

⁶ Aparecido por primera vez en diciembre de 1953 en la revista *Verbo* (Alicante), núm. 28. Perteneciente a *Cantos Iberos*.

⁷ De los proyectos y conclusiones establecidos en el primer Congreso de Segovia, poco o nada se supo. Recordemos, sin embargo, el propósito privado de J. M. BLECUA, catedrático de Literatura de la Universidad de Barcelona, en colaboración con el profesor CASTRO, de crear hacia fines de los años cincuenta un «seminario-archivo de la poesía española» que reuniera en una biblioteca y hemeroteca todo el material de archivo documental relativo a la poesía desde el 98 hasta nuestros días (ver noticia en *Insula*, núm. 159), que traemos a colación por la afinidad con algunos de los proyectos expresados en los congresos que se promovieron desde la Dirección General de Enseñanza Universitaria.

Sobre el tercer Congreso de poesía véase noticia en *Poesía Española*, núm. 30 (junio de 1954); crónica de LEOPOLDO DE LUIS en el núm. 32 (agosto de 1954), y las publicaciones editadas por el mismo Congreso de Santiago (*Homenaje a los poetas del mar* y *Breve antología del mar en la lírica gallega*, presentada por JOSÉ MARÍA CASTROVIEJO).

tados de ánimo meramente afectivos. Por otro, una poesía que marcha a la búsqueda de un sentido, «que lleva implícito, sea cual sea su tema, un modo de ver e interpretar la realidad, que en vez de ser regresivo —es decir, antisocial—, contribuye a elevar el conocimiento, a ensanchar la conciencia, a desencadenar los procesos de superación de ese ser fundamentalmente social y político que es el hombre»⁸. Aquí habría que situar el punto de partida de Celaya y su definición de la poesía como instrumento para transformar el mundo, que ya hemos visto antes, o la visión de Otero de que «la poesía social es una poesía que contribuye, dentro de sus propios límites, a impedir o aliviar los males que aquejan al hombre o al mundo en general»⁹. (Con cierta perspectiva escribirá Celaya más tarde: «No me daba cuenta de todo lo que implicaba, aunque era evidente. No veía, por ejemplo, que esa «transformación» de la que formaba parte el acceso a esa «inmensa mayoría», sin la cual no sería nada nuestra poesía salvo bizantinismo, no podía lograrse con sólo una revolución literaria»¹⁰.) También la visión de Germán Bleiberg, que define la poesía «social» como aquella que procura «no dejarse nada en el corazón», que se enfrenta sinceramente con «las cosas como son», en la línea de un Eluard de 1938 a raíz de su ruptura con la ortodoxia surrealista: «Contra toda evidencia / con la gran preocupación / de decirlo todo».

Interpretaciones más abiertas fueron las mantenidas por González Alegre, «toda poesía es social»¹¹, por Victoriano Crémer, cuando insistía en que si por social se tomaba atender a los problemas del mundo que rodea, que están en el hombre, son sociales de Aleixandre a Eliot, pasando por Claudel¹², por Ramón de Garciasol, identificándolo con «humanismo», o por Leopoldo de Luis en su famosa *Antología*, teniendo en cuenta las inclusiones de la misma. En cuanto al concepto en sí, aparte de poesía «social», indistintamente se usan los calificativos de «realismo crítico», «poesía práctica» (J. Hierro), «militante» o «comprometida» (E. de Nora), y «socialrealismo» (A. González, A. Sastre). Ramón de Garciasol propondrá los términos «integralismo» e «historicismo», ya que, a su juicio, ésta es una poesía que «está en el mundo de la Historia», que es testimonio, documento y ejercicio de convivencia».

Toda esta imprecisión terminológica era fruto de la cantidad de aproximaciones ético-estéticas al movimiento. La actitud realista, en caracterización de J. M. Castellet (*Poesía, realismo, historia*), lleva a estos

⁸ E. DE NORA: «Sobre la llamada poesía social», *Realidad*, 5, 1965.

⁹ Conferencia en «Amigos de la poesía», mayo 1956.

¹⁰ G. CELAYA: «Doce años después», en *Acento cultural*, 3, enero 1959, pág. 18.

¹¹ R. G. ALEGRE: «Toda poesía es social», *Poesía Española*, 22, 1953.

¹² V. CRÉMER: «Un cuestionario sobre poesía social y de la otra», *Poesía Española*, 11, 1952.

escritores a sentirse uno más entre otros hombres, frente a la «voz en sí mismo» que encarna todo poeta simbolista. Su método de abstracción de la experiencia real es histórico-narrativo, reivindicando una función comunicativa de significado inmediato para el lenguaje. Se vuelve éste coloquial y directo, desplazándose el objeto y destinatario del poema a la inmensa mayoría. En esta línea, todas las manifestaciones artísticas y literarias de estos años muestran la conciencia en sus autores de la unidad de los aspectos político-social y cultural como parte de un mismo proceso, de un mismo movimiento de solidaridad fundamentalmente. Poetas, escritores y artistas, intelectuales en general, aunados a la voluntad de cambio arraigada—aunque no manifestada—en amplios sectores de la sociedad en enmudecimiento forzoso, adoptaron el papel de conciencia, expresada en algunas acciones cívicas. Ciertamente, llegó a vivirse un clima insospechado que hizo escribir a Castellet: «La literatura se había salido de madre y se presentaba como una vanguardia —a la que apenas seguía nadie (...).— Fueron unos bellos momentos de euforia que, en un momento dado, se vinieron abajo». Esquemático réquiem, sin embargo, para juzgar a la generación que, en expresión de Sacristán, no se doblegó bajo la losa de la posguerra, sino que contribuyó a levantarla y hasta destruirla (entrevista en *Oriflama*, 1970).

LOS POETAS ANTE «LO POPULAR»

Volvamos ahora al concepto de «lo popular». En este sentido escribiría Eugenio de Nora: «Una poesía que busque y encuentre hoy contenido humano y forma propia que sea fiel a sí misma y esté de acuerdo con nuestra época, ha de sentirse por fuerza popular (es más, con aptencia de universalidad) y 'ser popular' de hecho (claro está que hasta donde el 'pueblo' esté en condiciones de leerla u oírla; ésa es otra cuestión que no depende del poeta). ¿Y el pueblo, se dirá, dónde está, quién es? Huelga decir que no entendemos por 'pueblo', desde luego, una clase social (sólo podría entenderse así en el caso de un país sin clases, es decir, de una sola clase). Pueblo es *totalidad*, cuando menos, de todo lo que en una comunidad no es marginal y parasitario, y ése es el 'público' ideal del poeta (público y pueblo mutilado hoy por la ignorancia forzada de las masas incultas y miserables y por la indiferencia inconsciente y ramplona de los atiborrados en su propio 'bienestar')».

Teorizando en este mismo sentido, Juan Goytisolo abogarí, en su conocido trabajo *Por una literatura nacional-popular*—aunque se refiere en su análisis a la novela—por la reconciliación de público y autor.